

RD
FD-3576
e. 2

Jo la dictadura



FEDERICO GARCÍA GODOY

Ediciones Librería La Trinitaria



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Bajo la dictadura



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Santo Domingo, D.N., República Dominicana
2005



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

FEDERICO GARCÍA GODOY

Bajo la dictadura



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Ediciones Librería La Trinitaria
Santo Domingo, D.N., República Dominicana
2005



Título de la publicación:

Bajo la dictadura

Autor:

Federico García Godoy

Primera edición:

Impresora Rojas & Hijo, Moca, Rep. Dom., 1914

Segunda edición corregida:

Julio, 2005

Diagramación y arte final:

Eric Simó

Impresión:

Editores Búho

ISBN: 99934-39-36-3

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Índice

Prólogo de FRANKLIN FRANCO	7
I	13
II	17
III	21
IV	25
V	31
VI	37





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Prólogo

Virtudes Uribe, quien se ha convertido en la principal promotora del libro dominicano superando a todos los que han ejercido esa labor desde que aquí llegó la imprenta a principios del siglo XIX, y desde hace algunos años editora, me situó en un difícil trance la semana pasada al solicitarme que escribiera el prólogo al ensayo de Federico García Godoy, que usted amigo lector tiene en sus manos.

Me expreso así porque generalmente los editores cuando eligen un prologuista, lo hacen conscientes de que el seleccionado se encuentra a la altura del autor, si no es que lo supera, y resulta que García Godoy (1857-1924), crítico, ensayista y novelista, a quien el profesor Juan Bosch le prologó un libro, encantador y triste al mismo tiempo, que lleva por título: *El Derrumbe*, en 1975, es sin lugar a ninguna duda, uno de los intelectuales más completos que tuvo el siglo XX literario dominicano. Tanto así que su producción fue difundida en las revistas más prestigiosas de Latinoamérica, España y Francia.



Por ese motivo, pensando en la singular importancia de las obras de García Godoy, *nacido en Cuba, pero el más dominicano de los intelectuales de su época*, mi primera intención fue resistirme a la invitación, y por ello, cuando sin esperar mi respuesta, Virtudes, con esa sonrisa proverbial con la que parece que nació (pero que esta vez, más allá de los labios interpreté que envolvía cierto autoritarismo) puso en mis manos el texto aludido, guardé silencio para meditar un poco, y me dije, de inmediato: ¡Qué tremendo problema!

Problema si acepto escribirlo y problema si le digo que no; por ese motivo seguí pensando y guardando silencio. Y entonces, pasando un balance entre los resultados del sí y del no, finalmente llegué a la siguiente conclusión: si respondo negativamente sé que Virtudes no dejará de manifestarme esa dulce amabilidad admirable que le ha ganado afectos entre todos los que la conocen, tanto aquí como fuera; ni dejará de sonreírme como es habitual. Pero conociéndola desde hace más de tres décadas, pensé que ese bello gesto que le acompaña, creo que hasta durmiendo, ya no sería el mismo frente a mí, si me negaba, pues esa expresión permanente en su rostro, también acusa matices, acorde con la circunstancia. Y es que la sonrisa, esa elevada expresión del espíritu, envuelve al propio tiempo un lenguaje silente; es decir, que deja ver muy en claro en el marco de apertura de los labios, quién se encuentra feliz, preocupado, en tensión, incómodo e iracundo, aun sonriendo. Y no se sorprenda amigo lector de ese último aspecto, el iracundo, pues el lobo, el animal más fiero y astuto, también sonríe.



Por otro lado, como mis lectores conocen muy bien que no soy un brillante escritor, sino un simple escribidor, y en consecuencia, que no me encuentro a la altura del autor prologado, lo escribo en homenaje al costado feliz de la sonrisa de Virtudes Uribe.

II

He sido un rastreador impertinente de los estudios de Federico García Godoy desde hace muchos años, y por esa razón conocía el ensayo *Bajo la dictadura*, publicado en 1914. Estando muy joven, lo leí por primera vez, diría hace más de treinta años. Creo que fue la primera obra de este auto que cayó en mis manos.

Me lo dio a conocer mi madre, por una circunstancia muy especial: en el marco de las constantes revueltas que vivió mi país durante décadas, situación que convirtió la vida nacional en permanente tragedia –que fue el tema predilecto de García Godoy, quien fue un predicador permanente a favor de la paz, la libertad, de la necesidad de estabilidad de nuestras instituciones y de la democracia– la lectura de este desgarrador ensayo (pensaba ella, que era enemiga de la política, de la cual quería alejarme) podría reorientarme y alejarme de esos menesteres.



Y al recomendarme su lectura, pienso que actuaba certeramente: el texto parece escrito hoy, pues delata que los mismos aborrecibles vicios de la política del ayer, cuando Federico García Godoy escribía, se reiteran hoy con idéntica crudeza. La similitud es tal, y usted podrá comprobarlo, que parece que García Godoy lo escribió hace apenas algunas semanas, y que en consecuencia, no murió en 1924, hace exactamente ochenta años, sino que aún vive entre nosotros.

Este ensayo, en tal virtud, a pesar del tiempo transcurrido, conserva plena vigencia política y sociológica. Más aún: nos presenta situaciones del ayer, que nos hacen pensar que al parecer los dominicanos están condenados a copiar y a repetir, casi al calco, todas las desgracias del pasado.

Así por ejemplo: el texto en su mayor parte se desenvuelve en lo ocurrido durante el período del gobierno transitorio de Bordas Valdés -1912- surgido como tabla salvadora que todo el pueblo esperaba restauraría la paz de la República, después de la sangrienta revuelta contra el régimen dictatorial y represivo de Alfredo Victoria. Pues bien, de aquella situación, describe García Godoy, en calidad de testigo y participante del ambiente reinante, lo siguiente: *“Saludé con júbilo el nombramiento de Presidente interino recaído en mi amigo el general José Bordas Valdés, pues sus honrosos antecedentes lo hacían digno de tan alto puesto y parecían garantizar que sería en él servidor respetuoso de las leyes. Lo creí capaz de elevarse, por su desprendimiento y su civismo, cerca de las alturas en que culminaron por su sincero republicanismo un*



Duarte, un Espaillat, un Billini... Confieso con franqueza que, durante un tiempo, creí en la sinceridad de sus declaraciones de que por ningún caso (a mí mismo me lo dijo) postularía o dejaría postular su candidatura a la presidencia definitiva; pero los hechos vinieron presto con su irresistible elocuencia a demostrar que me había por completo equivocado al pensar que él no iba a ser uno de tantos. Lo fue desgraciadamente, acentuando el escepticismo que impera aquí respecto de la abnegación y desinterés de nuestros hombres públicos. Desde que adquirí esa triste convicción, mi opinión, expuesta sin ambages, le fue adversa como a los Victoria. Era un nuevo personalismo que, sin opinión y sin prestigio, pretendía imponerse, lo que, por ley natural de las cosas y por exigencias imperativas del medio iba a llevarnos a escape a una nueva larga tiranía. Además, su administración interna, en lo político y en lo económico, no ha podido ser más desastrosa”.

¡Carajo!... que mucho se parecen la conducta de Bordas Valdés, y también los resultados de su administración, a la experiencia que recién superamos en el 2004, con los propósitos reeleccionistas de Hipólito Mejía.

Muchos analistas de la historia nacional sitúan a García Godoy entre el grupo que conforma el “*pesimismo dominicano*”. Pero conviene hacer una salvedad: su actitud fue reflejo de la situación que vivió y además, siempre mantuvo la esperanza en la superación de los males de su época. Contradictoriamente, entonces, fue un pesimista que vivió abrazado al optimismo.



El profesor Juan Bosch, calificó a García Godoy, como un verdadero “*creador de la vida a través de las letras*”. A tono con ello pienso que fue un maestro no superado en el dominio de la descripción casi pictórica del desolador ambiente político que le tocó vivir, el cual dibujó, con la elegancia y la belleza de un clásico.

FRANKLIN FRANCO



I

Fue un día de intenso bochorno del pasado mes de julio. Bajo la reverberación de un sol de fuego ardía la tierra. Recostado en la hamaca leía con fruición, reposadamente, un libro de honda y trascendente especulación filosófica. Mi espíritu, interesado grandemente, procuraba encontrar resplandores de verdad en aquellas páginas en que se profundizaba el problema de la vida desde puntos de vista de cierta indiscutible novedad... De súbito voces, llamadas insistentes de miembros de la familia. Se me anuncia que un oficial viene a buscarme de parte del gobernador de la provincia, general Tancredo Saviñón, para un asunto importante... ¿Para qué? ¿Qué será? Por más que mi conciencia esté absolutamente tranquila siempre son de temer estas llamadas de la autoridad en estos fatales tiempos de revueltas y desenfrenada anarquía. En compañía del oficial acudo seguidamente a la gobernación. Encuentro en uno de sus departamentos un grupo de personas de la más alta distinción social, y una de ellas me comunica, con inmensa estupefacción de mi parte,



que estamos allí para servir de rehenes al jovencito Melitón Saviñón, hermano del gobernador, que acaba de ser hecho preso, bañándose en el Camú, por una guerrilla del general revolucionario Mauricio Jiménez. Pero, ¿qué tenemos que ver, directa ni indirectamente, los allí detenidos con tan vulgar e insignificante acontecimiento? Desde el departamento en que estamos, oímos clara y distintamente las voces de un hermano de la primera autoridad –a quien la opinión pública atribuye la iniciativa de estos bárbaros procedimientos– decantando la resolución de fusilarnos sin piedad si cae un sólo cabello de la cabeza del jovencito capturado por las huestes revolucionarias... En la gobernación se nos insinúa la idea de dirigir una carta colectiva al general Jiménez, demandándole devuelva la libertad al joven Melitón, a lo que contestamos con una rotunda negativa. Instados por el gobernador, como accediendo a una súplica insistente, dos de los detenidos, el canónigo Armando Lamarche y el Licenciado Juan Antonio Álvarez, parten al cantón del general Jiménez para ver si no tiene inconveniente en devolver el citado jovencito a su familia. Cosa de una hora después retornan sin haber conseguido nada. Seguidamente viene la orden de incomunicarnos rigurosamente en un calabozo de la fortaleza... Pero, ¿es esto posible, dioses inmortales? ¿En qué país vivimos? ¿Somos acaso una tribu africana? No puedo contener mi indignación, y la expreso, en aquellos críticos instantes, acaso de indiscreta e imprudente manera... Con un calor de horno, por lo más céntrico de la ciudad consternada, bien escoltados, somos llevados, como un hato de bandidos, a un calabozo en que hasta



hacía poco se albergaban los más empedernidos criminales de la provincia.

Para servir también de rehén, un niño de siete años, hijo del general Mauricio Jiménez, de pensión en el muy acreditado colegio “San Sebastián”, es sacado violentamente de allí y conducido a segura prisión entre burlas y amenazas de la soldadesca. ¡Qué doloroso espectáculo! De mis lecturas clásicas revive en mi memoria con toda su solemne y trágica resonancia histórica la página fulgurante en que Tácito, con frase concisa y soberbiamente expresiva, describe la muerte de los inocentes hijos de Seyano, el cruel y supliciado ministro de Tiberio, el emperador astuto y purulento, agonizante en su hosco retiro de Caprea. Por las calles, entre pretorianos, son llevados a las gemonías... El varón, el mayorcito, adivina la suerte que le espera... La otra, la hembra, en su inocencia infantil, serena y cándida, pregunta ansiosa a los verdugos adónde la llevaban... Se afirma que el chicuelo de Mauricio Jiménez debió su libertad a la noble y decidida intervención del doctor Manuel Morillo, quien amenazó con retirarse de la ciudad si se persistía en tenerlo encarcelado. Y fue preciso complacer al competente facultativo porque circunstancias de la familia del gobernador hacían indispensable su presencia en La Vega... Mientras tanto, en el calabozo, no muy estrecho felizmente, yacen encerrados catorce rehenes. La luz penetra por dos rejillas, una que da a una calleja y otra al extenso patio del fuerte. En toda la parte superior de las paredes exhiben multitud de dibujos obscenos de estupenda lubricidad, obra rudimentaria de un criminal salido de allí recientemente,



con la carabina en la mano, al servicio de la causa bordista... La trémula luz de un sereno crepúsculo estival va lentamente colándose por los altos enrejados y sumergido en paulatina oscuridad el sombrío calabozo... Y llega, melancólica, repleta de nostalgias, nuestra primera noche de encarcelación, sin que ninguno, en toda ella, logre conciliar el sueño, pues la escasa guar-nición del fuerte, por estímulo de vigilancia o por cual-quier mal concebido propósito, mantiene una perma-nente y horrorosa gritería, mueve un ruido infernal, en que alternan voces estentóreas y cantos abigarrados en que se perciben claramente palabras y frases en *patois*, pues, una parte de aquella tropa se compone de haitianos recientemente reclutados...



II

Corren las primeras horas de una mañana luminosa. Unos se desayunan, otros conversan... Frente a mí, impassible, sereno, el padre Lamarche yergue su figura ascética, atractiva y simpática. Delgado, de aspecto enfermizo, evoca una de esas figuras de monjes de viejas edades torturados por maceraciones y abstinencias. Pero es un carácter, un carácter firme que no sabe de claudicaciones ni de desfallecimientos. Y por añadidura una persona de verdadera cultura y de exquisita distinción social.

Sus nexos con la familia Marchena le llevaron, todavía muy joven, a conspirar contra el absolutismo del General Ulises Heureaux; pero este temible mandatario, descubierta la trama, le guardó las mayores consideraciones. No le hizo, ni por un instante, objeto de tratamientos vejaminosos. Ulises Heureaux, no obstante sus tremendos errores, dio, por lo menos, paz material a la sociedad dominicana; pero los ulisitos posteriores, sin dar paz material ni moral, sólo han sabido exacerbar nuestros males, agravar nuestros crónicos persona-



lismos, sembrar de desolación, de crímenes, de exacciones, de patíbulos el territorio dominicano. En la actualidad, el padre Lamarche, lo sé positivamente, se mantiene alejado por completo de la política activa, ocupado únicamente en cumplir con inteligencia, celo y asiduidad sus deberes sacerdotales. A pocos pasos de él, su hermano J. Osterman Lamarche, recién llegado de Cuba, me mira como profundamente sorprendido, clava en mí su mirada expresiva. Fuerte, robusto, alto, sus cabellos y su bigote blancos no denuncian la vejez sino uno como permanente vigor juvenil. Acostumbrado a vivir en Cuba donde se goza de libertades efectivas, no puede concebir que en su país, que suponía menos atrasado políticamente, se perpetren a mansalva tan torpes ultrajes a ciudadanos dignos por muchos conceptos de consideración y respeto por sus prestigios y merecimientos sociales. Sentado en una mecedora, Zoilo García exhibe su atlética constitución, el sorprendente vigor de una existencia de sesenta y siete años enteramente consagrados a un trabajo afanador y fecundo. A pesar de su edad, relativamente avanzada, continúa afanándose y trabajando como si sólo tuviera treinta años. Lo mismo ahora que en los mismísimos lejanos tiempos de su poderío político, ha sido un obrero incansable, un factor positivo de mejoramiento local. Trabaja y hace trabajar a mucha gente. Centenares de personas viven de sus empresas agrícolas, comerciales, industriales. Decía Ramón Cáceres que con cuarenta hombres como Zoilo García estaba salvado el país. Jamás se le molestó durante su gobierno, a pesar de saber bien Cáceres que no simpatizaba con él. Todo eso que, en cualquier parte, lo había considerado y respetado



do, no ha sido aquí óbice para que intrigas mezquinas, acaso de familiares suyos, lo lleven con frecuencia a la cárcel, bajo la falsa inculpación de que conspira; lo que no es verdad, pues su sólo crimen en política es desear ardientemente para su país un estado de cosas en que la propiedad y el trabajo tengan suficientes garantías... Esparcidos en la misma pieza, se mueven de un lado a otro el respetable y jovial anciano Juan Anto Álvarez, Juez de la Corte de Apelaciones; Julio Portalatín, Presidente del Ayunto.; Rogelio Jiménez, Síndico Municipal; U. Fernández, activo y probo comerciante; apreciables jóvenes como Luis Mañaná, Adolfo Infante, Gregorio Lluveres, Jesús Martínez, Rafael Fernández... En tanto sucedense los días grises, de desesperante monotonía. A pesar de la molesta vigilancia que se mantiene, no dejan de penetrar en la cárcel rumores más o menos exactos de lo que ocurre afuera. De cuando en vez, escúchanse lejanos disparos de las guerrillas revolucionarias... Un sábado, en las primeras horas de la mañana, turba la monótona tranquilidad de nuestro encierro un ruido insólito. Súbito hace irrupción en él un grupo de gente armada encabezado por el General Luis Conde, Comandante de Armas de la plaza. Algunos de los del grupo son portadores de grillos. El General Conde, en actitud amenazante, anuncia que la noche anterior había descubierto un plan para asesinarlo, y que, según denuncia de uno de los comprometidos, estaban complicados en esa trama, como proveedores de dinero, los rehenes Adolfo Infante y Rogelio Jiménez, a quienes se había resuelto pasar por las armas ese mismo día y que acto continuo iban a ser engrillados. De esas que penetran hasta lo más recóndito del alma, fue la impresión



que se enseñoreó de todos al escuchar semejante fatídico aviso. Reinó un silencio, preñado de angustias, durante breves momentos. Pero la reacción, entera, enérgica, vino presto. Todos protestamos a una conrainculpación tan infame. ¡Qué negra y grotesca calumnia! ¡Rebosante de indignación!, Julio Portolatín se irguió para manifestar altivamente que de ser culpables los dos compañeros debíamos serlo todos los que estábamos allí y, por consiguiente, todos merecíamos ser también fusilados... El General Conde, que en realidad demuestra tener buenos sentimientos como lo probó con servicios prestados a algunos de los presos, posteriormente mejor informado, desistió del propósito anunciado sin que después se volviera a oír nada referente a semejante aviesa y torpe inculpación.



III

En el calabozo se sabe ya que, merced a las gestiones de uno de los rehenes puesto en libertad provisionalmente, Mauricio Jiménez, después de tratarlo muy bien, ha devuelto a su familia a Melitón, el jovencito prisionero. No somos ya, rehenes. De los catorce encarcelados cinco, habían ya, sucesivamente, recobrado su libertad. Naturalísimo parecía que lo mismo pasara con los otros. Pues sucede todo lo contrario. Lo inesperado. Por vía indirecta sabemos que el autor o autores de estas prisiones, con mira de dar visos de justificación a tan estúpidos procedimientos, ha dicho o dicen, que no somos rehenes sino presos políticos. ¡Presos políticos!... Indudablemente ninguno de los encarcelados ve con buenos ojos la continuación ilegal de Bordas Valdés en el ejercicio del poder público. Eso, únicamente posible por la violencia, implica la más descarada violación de los más rudimentarios preceptos de moralidad política. El país, en su inmensa mayoría y en sus elementos más conspicuos, desea unas elecciones libres o relativamente libres. Bordas Valdés, impo-



pular, desprestigiado por su pésima gestión administrativa, particularmente en el orden económico, sin núcleos más o menos densos de opinión, apoyado casi exclusivamente en sus empleados y en la fuerza armada, sólo podía llegar al poder y permanecer en él por el triste y anticuado medio de innumerables coacciones, violencias y atropellos. En La Vega no pasaron nunca de una docena los partidarios más o menos conscientes y declarados de la usurpación bordista. La actitud de los encarcelados fue siempre correctamente pacifista. Como ciudadanos nadie podía impedir que tuviésemos esa o cualquiera otra opinión. Y de eso a ser revolucionario media un gran paso que nunca dimos. Nuestra actitud de discreto retiro, de prudente aislamiento en nuestros hogares sin tomar cartas directa ni indirectamente en lucha armada, nos hacía merecedores de la consideración y el respeto de autoridades bien inspiradas y capaces de saber lo que traían entre manos. La violencia usada al reducirnos a prisión tan violenta, injustificada y arbitrariamente, no podía producir, como era natural, sino efectos nocivos. Posteriormente a su excarcelación, algunos de los nuestros, justamente indignados, abandonaron su actitud pacifista para ayudar resueltamente a la causa revolucionaria... Pero aquí viene lo bueno. Pronto pudimos saber lo que en realidad se esperaba de nosotros. Un bordista o reputado como tal fue introducido en nuestro calabozo y nos manifestó, en tono confidencial, que tenía la seguridad de que no saldríamos del encierro si cada uno de nosotros no satisfacía una determinada suma de pesos. ¡Con que secuestrados! Nuestro proceso de encarcelación ha asumido tres diferentes bien curiosos aspectos. De *re-*



henes pasamos a *presos políticos* y de esta categoría a la de *secuestrados* En La Vega no se habían visto jamás tales cosas. Un amigo mío facilita la suma de doscientos pesos oro que exigen por mi libertad y poco después me encuentro sano y salvo en el seno de los míos...

Da vergüenza contar estas cosas en letras de molde; pero no es posible curar más o menos radicalmente una dolencia sino presentándola con todos sus caracteres de gravedad, a fin de que el facultativo pueda precisar la terapéutica necesaria para combatirla con eficacia. Por más repugnante que sea una llaga, por más que inspire repulsión y asco, es necesario ponerla al descubierto para que pueda ser objeto del enérgico tratamiento que su curación requiere. La Sociedad dominicana, en su inmensa mayoría, sufre un mal gravísimo que día por día va asumiendo mayores proporciones: la falta casi completa de sanción moral. Los hechos más reprobables, solamente en algunas almas apenas si producen pasajeros estremecimientos de justa indignación. Pero pasado el momento crítico ya nadie se acuerda o hace mención de tales cosas. Los autores de ellos continúan ufanos y campantes como si tal cosa. La repetición impune de ciertos actos ha empezado como a encallecer nuestra conciencia colectiva. Y lo peor del caso es que no falta quien, con tales o cuales razonamientos interesados, pretenda despojar esos actos de lo que principalmente vinculan de reprobables y nocivos. Silenciar la maldad, procurar atenuarla o disfrazarla, es casi siempre hacerse cómplice de ella, es contribuir a sabiendas, a que se perpetúe un orden de cosas por completo refractario a los ideales de perfectivo mejoramiento a que deben aspirar fructuosamente las agrupaciones socia-



les. Hasta ahora los perpetradores de hechos semejantes o parecidos han contado con la más completa y triunfante impunidad; pero seguramente que en lo sucesivo se abstendrían de cometerlos o por lo menos vacilarían mucho antes de hacerlo si supieran que, más tarde o más temprano, sus nombres iban a correr por todos los ámbitos de la publicidad para merecer el condigno castigo de la opinión sensata interesada en conservar sin menoscabo el prestigio moral y la cultura de la sociedad dominicana.



IV

Y para evitarme nuevos escandalosos atropellos resuelvo *incontinenti* ausentarme de La Vega hasta que terminen los actuales acontecimientos. Dicho y hecho. Imposible se me hace vivir más en ese ambiente de chismes y de enredos tan propicio para toda clase de imposiciones y violencias. No quiero que vuelvan a cebarse en mí la ignorancia y la maldad de menguados caciquillos de campanario... Levanto el vuelo, y héme aquí, libre, sin inquietudes ni temores, en las pintorescas alturas del Santo Cerro.

Hasta aquí, felizmente, no llega el brazo de hierro de la torpe imposición bordista. En estos sitios se vive idílicamente, en plena naturaleza, en perpetua contemplación de lo infinito, sin que por ningún lado asome la patibularia silueta de los esbirros de la tiranía. Allá lejos, en la llanura, en la pobre ciudad abandonada por gran número de sus habitantes, impera un régimen de violencias y extorsiones sin precedentes en su historia; mientras acá arriba, en la empinada cima, aire fresco, saludable, impregnado de las emanaciones del inmen-



so valle que desde ella se divisa, ambiente favorable para dilatar perpetuamente la imaginación por ámbitos de serena luminosidad y de atractiva plasticidad artística... ¡Qué paz tan deliciosa! ¡Que paz tan dulce y serena! Paseo, estudio, observo, escribo. Parece que aquí se está a cien leguas del teatro en que ruge, desoladora y trágica, la guerra civil. Y, sin embargo, a poca distancia, casi al terminar la bajada, al borde de la carretera, divísanse las bien construidas trincheras del campamento revolucionario de La Piedra, que cubre el camino de Moca, impidiendo, por este lado, el avance de las huestes dictatoriales que guarnecen La Vega. No puede ser mayor el contraste entre la agitación, las inquietudes; las incertidumbres, las zozobras, los temores de ayer, y la seguridad individual, la apacible calma, la tranquilidad serena y luminosa de hoy. Experimento la impresión de quien, después de recia lucha, salvado milagrosamente de un naufragio, hace pie firme en el recodo de una playa dorada por el sol, tranquila, en que las olas se aduermen mansamente y en que todo convida a un bienhechor reposo para recobrar las fuerzas agotadas en el titánico empeño de alcanzar los arenales de la costa salvadora...

Extático, en solemne prolongada contemplación, dejo correr las horas ante el paisaje de maravillosa esplendidez, indescriptible que se abarca desde estas alturas en que la naturaleza y la historia se unen en amoroso abrazo. Más de una vez he visto ya surgir de los lejanos montes, de la línea nítida y precisa del horizonte, el disco encendido del sol, rodela fulgurante, derramando torrentes de luz sobre el valle inmenso... Y más de una vez también, en el confín lejano, en la agonía del





crepúsculo, he contemplado la luna, hostia inmensa, ascendiendo, serena y melancólica, sobre un fondo de tenue oscuridad, mientras en la llanura vastísima, ensombrecida por la noche, aquí y allá, aparecían, como faros minúsculos, las luces de numerosos bohíos... A veces es imponente el silencio que reina en estas cimas desde donde puede dilatarse la vista en una permanente impresión de grandiosa inmensidad. La sensación que se experimenta es como si se estuviera mirando el mar, un inmenso espacio de aguas de tonos grises, verdosos, de un subido azul oscuro... Mi sitio predilecto, casi todas las tardes, es la calzada de la iglesia que da frente al magnífico panorama. Allí encuentro siempre fresco agradable y sombra bienhechora. Se me figura que en aquel lugar vibra y se intensifica más el alma del paisaje. Mi mirada, en constante deslumbramiento, abarca allí mayor extensión del valle ubérrimo, fuente principal de la riqueza agrícola y pecuaria de la extensa región cibaëña. A cada paso cruzan por el cielo azul nubes blancas, de una blancura láctea, u oscuras, amarillentas, rojizas, de formas caprichosas, marcando, a cada paso, zonas de sombra, como si fueran los contornos de mapas de países de fantásticas regiones: Maizales, cicales, platanales, macizos de tupida verdura, jirones de selva, destácanse tan pronto en una radiante apoteosis lumínica como sumergidos en espacios de sombra en que se esfuman momentáneamente sus más pintorescos detalles. Abajo, por el camino de Moca, por la carretera en construcción bordeada de casitas rústicas, de pintoresco aspecto, van y vienen incesantemente gentes, cabalgaduras, todo lo cual, visto desde arriba, produce por su pequeñez la impresión de cosas perte-

necientes a imaginarios mundos liliputienses. Contemplado desde este lugar parece el paisaje como un gigantesco abanico policromo pleno con raros y poliformes dibujos. En sus aparentes extremidades, en sus confines, de izquierda a derecha, más o menos confusamente, alcánzanse a ver los edificios de Moca, el caserío de Salcedo, parte de las casas de San Francisco de Macorís. Al frente, en la línea de montes más o menos enhiestos, destácanse, más elevadas, las líneas de la maciza arquitectura del *Cucurucho*. A la derecha, un charco de agua, verdadero ojo líquido que, en ciertas horas, resplandece con tonos metálicos como un fragmento ovalado de plata bruñida, es lo único que puede distinguirse del rumoroso Camú. Hacia la parte oriental la vegetación se extiende plana y simétrica hasta confundirse con el punto que señala el lugar de la portentosa bahía de Samaná...

La sombra va haciéndose cada vez más densa. La hora convida a la meditación. Detrás de mí, majestuoso, elegante, se yergue el santuario en que muchedumbres de creyentes acuden con frecuencia a abreviar sus ansias de consuelos espirituales. Mi pensamiento, ave intranquila, vuela del paisaje que empieza ya a hundirse en la sombra al templo cristiano en cuya cúpula, adornada de vidrios de colores pone el sol expirante vivos y hermosos reflejos. Si no comulgo con la virtualidad de dogmatismos religiosos que han hecho ya su camino, creo sí firmemente en la indestructibilidad del sentimiento religioso. Existirá mientras haya hombres sobre la Tierra. Las concepciones dogmáticas, las instituciones eclesiásticas, lo que en materia de creencias asume aspectos más o menos pronunciados de



objetividad, en la evolución más o menos lenta de las cosas, sufren indudablemente modificaciones o transformaciones en lo que toca a sus formas y procedimientos, por más que siempre subsistirá el fondo de idealismo de sugerente alteza moral en que se expande de continuo el sentimiento místico. Quizás llegue a no haber religiones positivas, pero habrá siempre emoción mística. Nuestro yo finito, relativo, buscará perdurablemente, por la impulsión incontrastable de cierto peculiar dinamismo, lo infinito, lo absoluto, o por lo menos, lo que se nos figura como tal. La ciencia no podrá nunca colmar ciertas misteriosas honduras del alma humana. Detrás del conocimiento adquirido siempre habrá otro por adquirir. El sentimiento religioso no podrá jamás condensarse, en cuanto a su expresión, en fórmulas de permanente estabilidad. Yo por lo menos no he encontrado esa estabilidad definitiva ni en la radical distinción dualística de Ritschel, ni en la interpretación de A. Sabatier, ni en el concepto sociológico de Durckheim, quien ve principalmente la religión como factor social, como condensación secular del alma colectiva repercutiendo y determinándose en el alma individual. Para W. James, el insigne psicólogo norteamericano, la religión es fenómeno personal, de experiencia diaria, que arranca de las misteriosas regiones de nuestro ser subconsciente. Entendida de esa manera, es decir, desde un punto de vista de verificación, de comprobación pragmáticas, la religión es vida interior diaria, viva, intensa, integral, de resultados generalmente beneficiosos. Sea lo que fuere, el sentimiento religioso, cada vez más espiritualizado, más desprovisto de sedimentos dog-



máticos; de transitorios ritualismos, constituye y constituirá fuente de paz, de caridad; de amor y de consuelo para muchísimas almas estructuradas para sentir hondamente serenos y luminosos misticismos.



V

En el nacionalismo *integral* que propagan ardorosamente en Francia algunos notabilísimos escritores, Mauricio Barres principalmente, defiende éste, con calor y elocuencia, desde puntos de vista acertadamente escogidos de tradición, de historia y de arte, la necesidad de conservar con exquisito y diligente cuidado cuantos monumentos o cosas de cierta índole histórica hablan directamente al alma nacional evocando el recuerdo de hechos de trascendente relieve colectivo. Entran, naturalmente, en ese número, ciertas iglesias de aldea que, por su antigüedad, su belleza arquitectónica, su vinculación íntima con el proceso histórico de las localidades en que radican, merecen ser clasificadas como verdaderos monumentos nacionales a fin de hacer posible la reparación de los naturales deterioros que en ellos ha realizado la acción del tiempo e impedir, en muchos casos, el destructor celo anticlerical de municipios sin escrúpulos para derribarlos considerándolos torpemente como seculares vestigios de intolerancia o de fanatismo. Es ésa una



parcial y estrechísima comprensión de la historia propia del fanatismo político tan parecido en sus nocivos efectos al fanatismo religioso. El alma de una nación, lo que en realidad la constituye, lo que la integra, lo que en sí, le imprime estabilidad más o menos definitiva, es el conjunto de cosas y circunstancias de efectiva convergencia que, fusionándose en el correr del tiempo, han determinado una concreción de resaltante objetividad, una síntesis espiritual en que se estereotipa, vivifica y exulta un sentimiento de ideales comunes bien definidos y precisos. Es eminentemente nocivo cuanto se endereza a menoscabar o destruir ese acervo de cosas que tan íntima conexión tienen con el espíritu nacional. En mi nacionalismo, en el que preconizo con fe de convencido, sin tener ciertamente el carácter absolutamente integral del que sustenta Mauricio Barres en lo que toca al papel predominante que pretende conservar a cierto dogmatismo religioso, también figuran como principios fundamentales las ideas encaminadas a conservar sin menoscabo ni deterioro cuanto habla objetivamente a la imaginación de un pueblo, lo que por este o aquel concepto, iglesia, estatua, monumento sepulcral o cuanto se le parezca, evoca con cierta intensidad por la idea que vincula o por el recuerdo que despierta, un sentimiento patrio más o menos viril y trascendente...

Por eso he visto con pena el triste estado en que se encuentra el Santo Cerro. Negligencia, incuria, abandono, ruinas por todas partes. Hay muchas casas cerradas. En la calleja principal de la aldea, cubierta de espeso césped; como si fuera lugar de crianza, pululan a su antojo asnos, cabras, cerdos, gallinas... La vegetación, lujuriosa, arrolladora, penetra por las mismas puertas



de las casas. Algunas de estas, destartaladas y ruinosas, parecen mantenerse en pie por un milagro de equilibrio. Sin detenerse en la calleja, pujante, sin mano bien intencionada que le cerrase el camino, esa misma vegetación cubría ya parte de la misma alta calzada de la iglesia hasta hace tres o cuatro días que se emprendió una ligera limpieza de ese sitio. Muda, perennemente silenciosa, cerrada siempre, parece la iglesia como un cuerpo en que no se siente ya el ritmo poderoso de la vida. Ni una sola vez he oído resonar armoniosas, como voces solemnes de lo alto, los repiques argentinos de las campanas dilatándose por todos los ámbitos de la campiña inmensa. Ni un sólo instante me ha sido dable sentir esa *poesie des cloches* de que habla Chateaubriand... Tal como se ve actualmente, más parece el Santo Cerro lugarejo tosco refractario por completo a las grandes exaltaciones espirituales, que sitio santificado por la tradición, consagrado por la historia, ungido por el fervor de las numerosas peregrinaciones que han impreso aquí la huella imborrable de una devoción sincera y honda. A Monseñor Nouel se debe, según se me ha informado aquí la supresión completa de ciertos cobros que aparecían como con visos de un negocio o un industrialismo impropios por entero del ideal religioso... Si no se pone pronto remedio, en breve no servirá para nada, pues empieza a descomponerse por todas partes, el fácil y cómodo camino de subida construido hace pocos años... Nuestras guerras intestinas, crueles y asoladoras, han manchado también de sangre estos sitios aislados de recogimiento y de oración. El combate cruento ha rugido también formidable en estas alturas. Por ahí, al terminar la calleja, cerca de las Tres Cruces, se desplo-



mó en la muerte, como un paladín de epopeya, aquel Nisio Pichardo, bello como un efebo, figura realmente heroica en todo el esplendor de su juventud, noble, generoso, humano, especie de Hoche de nuestras guerras civiles. No entro en más detalles, pero hay uno de éstos que, por su excepcional importancia, no quiero pasar inadvertido...

No hace mucho tiempo, dos o tres años a lo sumo, construyóse un nuevo cementerio quedando el otro, el *viejo*, como aquí le dicen, en total abandono sin que hubiese alma viviente que de él se ocupase para mantenerlo en condiciones de necesaria limpieza. El sitio que ocupa es la viva imagen de la más desconsoladora negligencia o descuido. Creciendo a sus anchas, tupida y avasalladora, la vegetación va día por día cubriendo las viejas tumbas, las cruces carcomidas o rotas, todo el perímetro en que durante tantos años sucesivas generaciones encontraron lugar propicio para el reposo definitivo. En el centro, en un espacio, en torno del cual la maleza se espesa, hiere de pronto la vista un espectáculo horripilante, intensamente macábrico. En montón, a derecha y a izquierda, irregularmente esparcidos, fémures, tibias, clavículas, calaveras, toda clase de fragmentos de esqueletos, esqueletos enteros o poco menos, surgen ante los ojos asombrados con toda su tétrica y espantable realidad. Por entre los intersticios de los arbustos más altos se filtra el sol, un sol deslumbrante de agosto, pintando muecas horribles en las descarnadas cuencas de algunas de aquellas calaveras en que vibró la vida, y fulguraron anhelos y esperanzas. Nadie se ha cuidado de construir un osario para recoger piadosamente esos restos de cuerpos en su inmen-



sa mayoría de pobres campesinos que vivieron en comunión perenne con la tierra y que hoy ésta, ingrata, parece arrojarlos de su seno fecundo donde todo vive y se transforma. ¡Ah!, si pudieran, nuevos Lázarus, al conjuero de no sé qué palabra divina recobrar momentáneamente la vida, ¡cómo se asombrarían de verse así, profanados por miradas compasivas o burlonas, esparcidos en desorden, huérfanos de todo recuerdo, escarnio de la chiquillería, ellos que, al expirar, tuvieron la ciega confianza de que descansarían para siempre bajo la tierra consagrada por tantas oraciones y por tantas piadosas romerías! Menos cruel que los hombres, la naturaleza pródiga, exuberante, va poco a poco, con los arbustos que se entrelazan, con su copioso florecimiento de hojas, formando a esos restos un sudario de espesa verdura que los libre para siempre de torpes profanaciones...

Cabe, a mi ver, la principal responsabilidad de este descuido, a los deudos de los que yacen en aquel abandonado cementerio... En conversaciones íntimas con el padre Nonel, cura de almas de La Vega en aquel entonces, oíle expresar ideas que juzgué muy oportunas para la mejor y más fructuosa conservación de este histórico santuario. Pensaba que aquí podía muy bien establecerse un gran colegio en que se recibiese sólida enseñanza; y, si mal no recuerdo, me parece también que creía que nada mejor que poner el santuario a cargo de alguna comunidad religiosa, de los franciscanos, por ejemplo, de esos hermanos *menores* que en todas partes han dejado rastros de abnegación y de amor, y que han puesto siempre como su fundador egregio, el santo de Asis, el Cristo de la Edad Media, por encima de ciertos



intereses terrenales, mercantilismos y torpes concupiscencias, la fe robusta de su alma en divinas realidades de bien y de consuelo... Si no me equivoco (no tengo aquí a la mano ningún texto para comprobarlo) en épocas lejanas estuvo servido este santuario por frailes de la Merced que lo cuidaron con piadoso y fecundo celo. Ojalá siga pensando lo mismo a ese respecto el acucioso prelado que rige actualmente los destinos espirituales de la grey dominicana.



VI

Por más que la vida política del pueblo dominicano en este instante crítico de su tormentosa actuación histórica, no puede ser más convulsiva, más anárquica, más pletórica de morbosidades inquietantes; por más que por todas partes se presenten manifestaciones sintomáticas de cada vez más acentuados desconciertos o de disolución próxima e inevitable a juicio de muchos; paréceme que tales cosas, por más alarmantes que se exhiban a primera vista, son, en su inmensa mayoría, exterioridades superficiales, formas necesariamente pasajeras de un estado de cosas generado por la nociva influencia de prejuicios tradicionales, convencionalismo y falta permanente de capacidad dirigente; pero capaces por completo de modificarse o desaparecer del todo, si para ello se ponen a contribución, hábil y tesoneramente, ciertos medios y resortes de conocido e indiscutible valor sociológico. No es difícil, ni con mucho, a pesar de ciertas apariencias, reaccionar en un sentido claro y preciso de civilización coherente y progresiva. Detrás de cosas



nocivas de superficial realidad muévense, desordenadamente sin duda, fuerzas sociales que, bien encaminadas, bajo la acción inteligente y patriótica de hombres públicos bien penetrados del sentido de las realidades presentes, podrían transformarse en factores adecuados de vida jurídica, de vida de deber y de derecho de que es muy capaz el pueblo dominicano, por más que son aquí numerosos los que a cada paso afirman resueltamente lo contrario. Son éstos observadores a flor de tierra que han ahondado poco o no han ahondado nada en lo más íntimo de nuestro organismo psicológico. Esa obra, claro está, no puede ser de momento. Pero creo firmemente que, poniendo cada uno de nosotros algo de su parte en ese empeño, pronto nos sería dable tocar los anhelados resultados. Ese empeño debe comenzar en lo político. Ante todo unión, unificación de voluntades, del mayor número posible de voluntades, unión concebida en un sentido de orden estable que sirva de apropiado sustentáculo a la ansiada obra de nuestra reconstrucción política y social. Hay que formar, con fines políticos, conforme lo permitan las circunstancias, un fuerte, un sólido *bloque*, que ofrezca formidable resistencia a las ambiciones bastardas, a las concupiscencias, a los mercantilismos, a las intenciones vitandas que marchan de continuo al asalto del poder público. Y así tendremos paz fecunda, instrucción, trabajo, verdaderas instituciones republicanas.

Más de una vez, desde estas pintorescas alturas, admirando el valle inmenso extendido a mis pies como portentosa alfombra de variados aspectos, he sentido penetrar en mi alma como una fresca y bienhechora onda de esperanza y de consuelo al contemplar día por





día los centenares de humaredas que como nubes a ras de tierra señalan los respectivos lugares de desmontes en que pronto se dilatarán nuevas plantaciones de cacao, de café, de tabaco, de cuanto produce con abundancia nuestro pródigo suelo. Se trabaja sin descanso por más que piense otra cosa el crónico pesimismo que alza de continuo su cabeza en nuestros más empingorotados círculos sociales. Son miles, muchos miles los campesinos que, dando la espalda a la lucha fratricida, viven en cuerpo y alma entregados a sus honrosas y fecundas faenas agrícolas. He hablado con varios de ellos y a todos les he oído expresarse, aún sin ocultar sus simpatías por el actual movimiento legalista, en un sentido de vehemente deseo de que se instaure sólidamente la paz pública con todas sus fecundas y salvadoras consecuencias. Empiezan a abominar la guerra, porque ellos mismos constituyen la materia principal de explotación de tirios y troyanos... Bien es verdad que aquí, por desdicha -lo he dicho en otras ocasiones y lo repetiré mientras sea necesario- en la gran mayoría de los casos, el origen, la causa principal de nuestros frecuentes y asoladores pugilatos civiles, reside en lo alto, en los centros gubernativos, en la acción torpe y disolvente de gobiernos sin ideales y sin prestigio que tienden sólo a satisfacer exigencias de un burdo y procaz personalismo y a sostenerse en el poder por los siglos de los siglos contra viento y marea. Para nuestros gobiernos y gobiernitos, pues de esta clase son los más frecuentes y por regla natural los peor encaminados, es cosa por completo baladí el descontento popular, el tener casi en su totalidad -como en dos ocasiones se ha visto últimamente- la opinión pública en con-

tra, con tal de contar con sus empleados naturalmente interesados en sostenerlo y con las fuerzas armadas de la República que se convierten de defensoras de las instituciones en su más inconsciente y formidable enemigo.

Las persecuciones de que he sido injustamente objeto, por dos veces, durante la desquiciada administración de Bordas Valdés no amenguan ni amenguar pueden mi acendrada devoción a altos y luminosos ideales de organización jurídica que juzgo de imprescindible necesidad para la vida cultural del pueblo dominicano. Mi actitud, lo digo con legítimo orgullo, ha sido durante estos tormentosos años de austera adhesión a los principios que en conferencias, en periódicos y en libros preconizo incesantemente sin sentir el acicate de miedos y satisfacciones personales. A raíz de la muerte de Ramón Cáceres expuse en la prensa, clara y serenamente, sin sombra de prejuicios partidaristas, mi opinión en un todo adversa al continuismo que se avecinaba. No fui profeta del día siguiente. Dije, en su hora, oportunamente, lo que pensaba. Con hondo pesar vi que el continuismo se imponía con todas sus aterradoras consecuencias. Fui, en opinión manifestada sin embozos, en criterio, desde el punto de vista de los principios, adversario de la oligarquía victorista, y no porque tuviera nada que reprochar personalmente a Alfredo y Eladio Victoria, sino porque para mí representaban un nuevo personalismo, que aún colea, y porque haciendo imposibles unas elecciones libres o cosa parecida, como las quería el país, como la pedían las diversas banderías políticas, vendría, como consecuencia inevitable, la guerra civil con todo su negro cortejo de horrores y de rui-



nas... Saludé con júbilo el nombramiento de Presidente interino recaído en mi amigo el general José Bordas Valdés, pues sus honrosos antecedentes lo hacían digno de tan alto puesto y parecían garantizar que sería en él servidor respetuoso de las leyes. Lo creí capaz de elevarse, por su desprendimiento y su civismo, cerca de las alturas en que culminaron por su sincero republicanismo un Duarte, un Espaillat, un Billini... Confieso con franqueza que durante un tiempo, creí en la sinceridad de sus declaraciones de que por ningún caso (a mí mismo me lo dijo) postularía o dejaría postular su candidatura a la presidencia definitiva; pero los hechos vinieron presto con su irresistible elocuencia a demostrar que me había por completo equivocado al pensar que él no iba a ser uno de tantos. Lo fue desgraciadamente acentuando el escepticismo que impera aquí respecto de la abnegación y desinterés de nuestros hombres políticos. Desde que adquirí esa triste convicción, mi opinión, expuesta sin ambages, le fue adversa como a los Victoria. Era un nuevo personalismo que, sin opinión y sin prestigio, pretendía imponerse, lo que, por ley natural de las cosas y por exigencias imperativas del mundo iba llevarnos a escape a una nueva larga tiranía. Además, su administración interna, en lo político y en lo económico, no ha podido ser más desastrosa.

Caído, como tiene que caer ese mandatario tan lamentablemente extraviado, urge crear una situación lo más sólida posible para dar al país la paz efectiva que de todos lados se pide con insistencia, y que, hasta ahora por ambiciones mezquinas de caudillos de segundo o tercer orden y sin verdadero mérito intrínseco no ha podido instaurarse. Tal cosa es factible únicamente sos-



teniendo una unión sincera y leal, basada en un acuerdo satisfactorio entre las dos más numerosas agrupaciones que actúan en nuestro escenario político y a cuya loable aproximación se deberá indudablemente el derribamiento de la dictadura de Bordas Valdés. Esa unión, ya comenzada, es de imprescindible necesidad para ambas agrupaciones. Únicamente de esa manera, procediendo todos con perfecta buena fe, podrá formarse y perdurar el *bloque* de resistencia de que hablé anteriormente a fin de alcanzar por su medio la mayor suma de libertad desenvolviéndose en el orden más completo y perfecto. De lo contrario volveremos a las andadas y eso significaría –nadie puede ni debe llamarse a engaño a ese respecto– la extinción más o menos parcial de nuestra existencia de pueblo independiente... Hoy, 16 de agosto, aniversario de la Restauración de la República, abrigo la esperanza de que, aleccionados por la larga y dolorosa experiencia, haremos pronto un alto definitivo en el camino de perdición en que hemos malgastado siempre nuestras más necesarias energías y laboremos en el sentido de fundar una paz jurídica, amplia, estable, fecunda, para que así luzcan días serenos y luminosos para el pueblo dominicano.

Federico García Godoy

Santo Cerro, agosto 16 de 1914.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Esta segunda edición de
Bajo la dictadura
de Federico *García Godoy*
se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Editora Búho,
en el mes de julio de 2005,
en Santo Domingo, República Dominicana.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

FEDERICO GARCÍA GODOY

Nació el 25 de diciembre de 1857 en Santiago de Cuba y vino al país siendo un niño cuando, a consecuencia de la conclusión de la guerra de los diez años y de la Paz del Zanjón, arribó a la República Dominicana una importante emigración cubana. Residió en Puerto Plata, Santo Domingo, Santiago y La Vega, ciudad esta última en la que formó familia y murió el 12 de febrero de 1924.

Por 40 años estuvo dedicado a la labor periodística y literaria: de 1896 a 1899 fue redactor del periódico *El Pueblo* en La Vega, de 1914 a 1916 director del diario *El Día*, así como de otros periódicos, a la vez que escribía para *El Porvenir*, de Puerto Plata, y en revistas extranjeras.

Su obra intelectual fue en extremo amplia y entrañablemente dominicana, ya que además de este libro, publicó trabajos filosóficos, comentarios, poemas, cuentos, ensayos de crítica literaria y temas antiimperialistas entre los que se destacan: *Recuerdos y opiniones*, 1899; *Perfiles y relieves*, 1907; *La hora que pasa*, 1910; *La patria y el héroe*, 1911; *Páginas efímeras*, 1912; *La literatura americana de nuestros días*, 1915; *La literatura dominicana*, 1916; *De aquí y de allá*, 1916; *Americanismo literario*; *En la colonia yanqui e Historia de un libro*, 1920 y *Al margen del Plan Peynado*, 1922.

Publicó *El Derrumbe*, en 1914, un libro donde analiza las causas que provocaron la brutal intervención norteamericana en la República Dominicana, obra que fue incinerada por la soldadesca yanqui.

Sin embargo, fue en el campo de la novela en el que más se destacó al convertirse en uno de los escasos intelectuales que desarrolló el tema histórico con el propósito de vigorizar nuestra conciencia nacional. Sus novelas históricas *Rufinito*, 1918; *Alma Dominicana*, 1911 y *Guanuma*, 1914 recientemente recogidas en un solo volumen, constituyen por su fondo nacionalista y lenguaje sencillo y bello, la más brillante trilogía patriótica de la literatura dominicana.

La obra que el lector tiene en sus manos, es la segunda impresión de la publicada en Santo Domingo en 1914.

